

cuenta de la unanimidad de los franceses. Lo habían visto bien claro en el camino que á través de los bosques habían seguido tras de Mr. de Choisseul. De pueblo en pueblo la campana de alarma sonaba á sus espaldas y muchas veces tuvieron que abrirse paso sable en mano. Los campesinos llegaron hasta hacer prisioneros á cuatro húsares que marchaban á retaguardia y sus compañeros tuvieron que retroceder para ponerlos en libertad.

Estos alemanes que se veían solos en medio de un gran pueblo y además reconocían estar pagados y alimentados por la Francia, no podían decidirse á acuchillar á gentes que se acercaban á ellos amigablemente á estrechar sus manos y á ofrecerles vasos de vino.

En este momento crítico en el cual cada minuto tenía una importancia infinita, antes que Choisseul hubiera obtenido la contestación definitiva del rey, entró con gran estrépito la municipalidad y los oficiales de la guardia nacional. Muchos se pusieron de rodillas.—«En nombre de Dios, majestad—dijeron—no nos abandonéis; no salgáis del reino.»

El rey intentó calmarles.—«No es esa mi intención, señores: yo no abandono la Francia. Los ultrajes que se me han hecho me obligan á huir de París. No voy más que á Montmedy y os invito á que me sigáis. Haced solamente, os lo ruego, que mis coches sean enganchados.»

Los comisionados salieron de la habitación. Era el último minuto que le restaba á Luis XVI para salvarse. Choisseul y Goguelat esperaban sus órdenes. Eran las dos de la madrugada. En torno de la casa se agolpaba una muchedumbre confusa, mal armada y mal organizada: la mayoría carecían de armas de fuego. Estos pocos que tenían fusiles no se hubieran atrevido (exceptuando á Drouet) á tirar contra el rey, y menos aún contra sus hijos. La reina era la única que podía correr un verdadero peligro. A ella se dirigieron Choisseul y Goguelat. Le preguntaron si se atrevía á montar á caballo y partir con el rey: éste se encargaría del delfín.

Por el puente no podían pasar, pero Goguelat conocía los vados del río, y con el auxilio de treinta ó cuarenta húsares que les guardarían las espaldas, estaba seguro de poder pasar. Una vez al otro lado del río ya no corrían ningún peligro: la gente de Varennes no tenía caballos para seguirles.

Esta audaz intentona, en la que se arriesgaba la vida, era para infundir miedo á una mujer por brava y resuelta que fuese. La reina respondió:—«No quiero tomar sobre mí la responsabilidad de esta resolución: *es el rey quien debe resolver*; él es quien puede ordenar y mi deber es seguirle... Después de todo, Mr. de Bouillé no tardará en llegar.»

—«En efecto—dijo el rey;—¿podéis responderme, señores, de que en el tumulto de nuestra huida un tiro no matará á la reina, ó á mi hermana y mis hijos?... Razonemos friamente. La municipalidad no se niega á dejarme pasar: únicamente pide que me espere hasta el amanecer. El joven Bouillé ha partido á media noche para advertir á su padre que está

en Stenay. Hay ocho leguas de camino que pueden franquearse en dos ó tres horas. Mr. de Bouillé estará aquí por la mañana, es indudable, y sin peligro y sin violencias partiremos con toda seguridad.»

Mientras tanto los húsares bebían con el pueblo brindando «¡A la salud de la Nación!» Eran las tres de la madrugada. La municipalidad volvió á ver al rey; pero esta vez sus palabras tuvieron una significación terrible: «El pueblo se oponía absolutamente á que el rey se pusiera en camino y había resuelto enviar un correo á la Asamblea Nacional para conocer sus intenciones.

Goguelat había salido para juzgar por sí mismo de la situación. Drouet avanzó hacia él y le dijo:—«Sé que queréis llevaros al rey, pero sólo os lo llevaréis después de muerto.»

El coche estaba rodeado de gentes armadas. Goguelat se acercó con algunos húsares, pero el comandante de la Guardia nacional le gritó:—«Si dais un paso adelante os mato.» Goguelat arrojó su caballo contra él, pero recibió dos balazos que le causaron dos heridas ligeras. Una de las balas se aplastó en una clavícula y le hizo abandonar las riendas, perder el equilibrio y caer del caballo. Pudo levantarse, pero en vano llamó á sus húsares, pues estos se habían puesto de parte del pueblo. Los paisanos les habían hecho ver en los dos extremos de la calle algunos pequeños cañones que les apuntaban, y los húsares se creyeron entre dos fuegos. Aquellos cañones no eran más que piezas de hierro viejo y no estaban cargados ni podían estarlo.

Goguelat, herido, volvió á entrar en la habitación de la familia real. Esta pieza ofrecía un aspecto de desolación á la vez innoble y trágico. Lo angustioso de la situación había acabado con la serenidad del rey: la reina había perdido igualmente su presencia de ánimo. Conmovidos y casi llorosos, suplicaban al tendero Sauce y á su mujer que los salvaran, como si estas pobres gentes pudieran hacer algo por ellos. La reina, sentada en un banco entre dos cajas de bujías, intentaba conmovir el buen corazón de la mujer del tendero.—«Señora—la decía—compadeceos de nosotros: vos tenéis también hijos, un marido y una familia.» A lo que respondía la plebeya con sencillez:—«Efectivamente, tengo familia: quisiera seros útil, pero vos pensáis en el rey y yo pienso en mi pobre Sauce. Que cada una procure por su marido.»

La reina volvió el rostro, furiosa, derramando lágrimas de rabia, indignándose de que esta pobre mujer que no podía salvarla rehusase el perderse con ella, sacrificando en su honor su marido y su familia.

El rey había caído en una estupefacción semejante al idiotismo. El oficial que mandaba el primer puesto después de Varennes, Mr. Deslous, había logrado llegar hasta él y le decía que Bouillé, advertido á tiempo, iba á llegar de un momento á otro en su socorro. El rey parecía no entenderle. El oficial repitió las mismas palabras hasta tres veces, y viendo que no despertaba la inteligencia del rey, le dijo: «Ruego á vuestra majestad que me dé órdenes para Mr. de Bouillé.»

—«No tengo que dar órdenes, caballero—contestó por fin el monarca;—yo no soy aquí más que un prisionero. Decid á Mr. de Bouillé que le ruego haga por mí todo cuanto pueda.»

Una gran parte de la muchedumbre, temiendo la llegada de Bouillé, quería llevarse inmediatamente al rey. Sonaban terribles gritos. «¡A París! ¡a París!» El rey, creyendo calmar estos gritos, se asomó á una ventana. La luz triste del amanecer iluminaba esta escena. El rey, vestido de lacayo, con la innoble peluquita desrizada y sin polvos, pálido y obeso, con los gruesos labios casi blancos y los ojos llorosos, no expresaba ninguna idea. Su aspecto era tan triste, que al aparecer en la ventana la sorpresa se apoderó de aquellos miles de hombres y se hizo un silencio profundo que indicaba el combate de pensamientos y sentimientos que se libraba en el espíritu de muchos. Pasado este momento, la piedad se desbordó, el corazón de la Francia se manifestó con lágrimas, y fué tal la fuerza de la compasión, que muchos hombres antes furiosos gritaron «¡viva el rey!»

La abuela de Sauce, una vieja trémula y débil, entró en la habitación de los reyes, y al ver á los dos niños que dormían juntos en la cama, se arrodilló y sollozando les besó las manos. Después los bendijo y se retiró.

Escena cruel en verdad, capaz de conmover los corazones más duros y más enemigos. Hasta un vecino de Lieja que allí estaba lloró conmovido. Lieja, cautiva de Leopoldo, bárbaramente tratada por los soldados austriacos, lloraba sobre Luis XVI.

Tal era esta situación extraña y extraordinaria. La Revolución, cautiva de los reyes en Europa, tenía á los reyes cautivos en Francia.

¿Pero por qué digo que la situación era extraña? No; la compensación resultaba justa. Lo que más sorprende en la escena de Varennes era perfectamente natural; lo que parece un cambio inaudito no es más que un retorno á la verdad.

Ese disfraz que tanto desfiguraba á Luis XVI no era más que un regreso á la condición privada para la cual había nacido el rey. Consultando sus aptitudes, el monarca sólo servía no para ayuda de cámara, pues era hombre ilustrado y de inteligencia cultivada por algunos estudios, pero sí para servidor de una gran casa, preceptor ó intendente dispensado de toda iniciativa, libre de tener pensamiento propio. Hubiera podido ser un administrador económico é íntegro; un preceptor instruído, moral y concienzudo con toda la extensión del cumplimiento del deber. El traje del servidor era su verdadero traje: su disfraz eran los atributos monárquicos con los que hasta entonces se había revestido.

Pero mientras nosotros soñamos, el tiempo transcurre y ya el sol se ha levantado mucho en el horizonte. Diez mil hombres llenan las calles de Varennes. La pequeña habitación donde está la familia real se conmueve con el terrible vocerío que sube de la calle. La puerta se abre. Entra un hombre, un oficial de la guardia nacional de París, figura som-

bría, con el uniforme deshecho y cubierto de polvo, fatigado pero poseído de nerviosa exaltación, con las cabellos sin peinar ni empolvar, como hombre que acaba de hacer un galope desesperado de muchas leguas. Habla al rey con palabras entrecortadas por la fatiga: «Señor... en París está próximo á matarse... Nuestras mujeres, nuestros hijos van á ser pasados por cuchillo; no iréis más lejos; no ireis... El interés del Estado... Sí, majestad: nuestras mujeres, nuestros hijos...» Al oír estas palabras la reina le toma la mano con un movimiento enérgico y muestra á sus hijos que, abrumados por la fatiga, estaban en la cama de Sauce.

—¿No soy yo madre también?—dice con soberbia.

—En fin, ¿qué es lo que queréis?—pregunta el rey interviniendo.

—Señor: traigo un decreto de la Asamblea. Mi camarada lo tiene.

La puerta se abre dejando ver á Mr. de Romeuf apoyado en el alféizar de una ventana de la primera habitación, con el mayor desorden en el traje y el rostro cubierto de lágrimas.

Tenía un papel en la mano y avanzó hacia el rey con los ojos bajos.

—¡Qué, caballero!—dijo la reina.—¿Y sois vos quien trae eso?... Jamás lo hubiera creído.

El rey le arrancó con fuerza el decreto, lo leyó y dijo:—«Ya no hay rey en Francia.»

La reina tomó el papel, pero el rey volvió á cojerlo para leer por segunda vez y acabó dejándolo sobre la cama donde dormían sus dos hijos. La reina, con impetuosidad, se apoderó del decreto diciendo: «No quiero que ese papel toque á mis hijos.»

Al ver que la reina arrojaba al suelo el papel se elevó un murmullo de reprobación de la municipalidad y demás vecinos presentes, como si acabara de profanarse la cosa más santa. Choisseul, comprendiendo la situación, recogió del suelo el decreto y lo puso sobre la mesa.

¿Qué hacía entre tanto Bouillé? ¿Por qué no llegaba? Advertido sucesivamente de lo que ocurría por su hijo, por el joven comandante de los húsares que estaban en Varennes y después por los mensajeros de Deslous y de Choisseul, ¿cómo no franqueaba rápidamente aquella distancia relativamente corta de ocho leguas?

¿Cómo? El lo dijo posteriormente y probó con claridad que no pudo hacer nada. Estaba poco seguro de la fidelidad de sus tropas y se veía rodeado de muchas ciudades *malvadas* (así lo decía él) como Verdun, Metz y Stenay que le amenazaban. Esto hizo que antes de salir al encuentro del rey procurase asegurarse de la fidelidad del soldado, temiendo que le abandonase de un momento á otro. Además, guardó á su lado el oficial más seguro, su hijo mayor Luis de Bouillé.

Los dos juntos fueron á despertar el *mejor* regimiento (para ellos) del ejército, el único que realmente le era fiel, el llamado Real-Alemán. No lograron despertarlo, armarlo y tenerlo sobre las sillas más que al

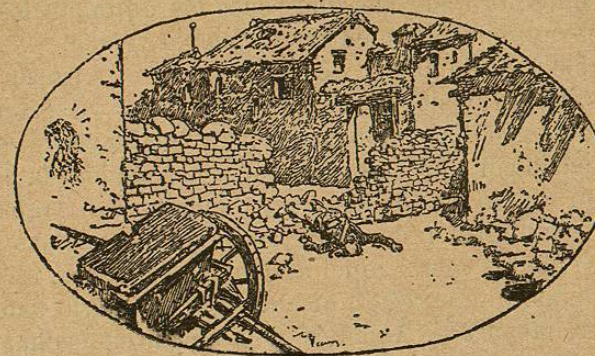
cabo de tres horas de esta noche terrible, en la cual cada minuto decidía la muerte de un siglo. Este regimiento, calentado con bravatas, bien bebido y pagado á tantos luises por hombre, franqueó las ocho leguas á un galope rápido á través de un país sublevado, solo en una campiña que arrojaba por todas partes gentes armadas. Corrían por un país enemigo que se cerraba tras su paso, haciendo difícilísimo el retorno. Bouillé, que marchaba al frente, encontró á uno de los suyos que regresaba de Varennes.—«¿Y el rey?»—preguntó con ansiedad.—«Acaba de salir de Varennes: se lo llevan á París.»

Bouillé se hundió el casco de un puñetazo, juró loco de rabia y rasgó con sus espuelas ensangrentadas los flancos de su caballo. El regimiento pasó adelante como un huracán.

Por fin llegaron á las inmediaciones de Varennes. No había medio de pasar: el camino estaba obstruido con barricadas. Un fuerte riachuelo les cortó el paso, pero lo vadearon. Más allá encontraron un canal é intentaron pasarlo también; pero las noticias que recibieron apagaron su ardor. Habían perdido toda esperanza de salvar al rey. Los alemanes comenzaban á decir que sus caballos no podían más. Además, corrió por las filas la noticia de que la guarnición de Verdun marchaba contra ellos.

El joven Luis de Bouillé ha contado lo ocurrido en esta última hora cuando su padre, loco de furor y con la espada desnuda, quiso continuar la persecución á todo trance y dijo con un movimiento audaz y juvenil: «¡Adelante! Nos hundiremos con esta pequeña tropa en el seno de Francia armada contra nosotros...»

Sí: la verdadera Francia se levantaba en armas. Y aquellos alemanes que corrían, y Bouillé que les conducía y el rey conducido por fuerza á su palacio, ¿que eran? Eran la revuelta.



CAPITULO XIV

El rey y la reina conducidos desde Varennes (22-25 Junio 1791.)

Unanimidad del pueblo contra el rey.—Únicamente Chalons le hace buen recibimiento (22 de Junio).—Los comisionados enviados por la Asamblea (23 de Junio).—La reina y Barnabé.—Parada de Dormans.—La familia real en Meaux, en el palacio de Bossuet (24 de Junio).—Petition quiere salvar á los tres guardias de corps.—Entrada en París (25 de Junio).—Llegada á las Tullerías.—Diversos sentimientos del pueblo

El rey y la reina habían llegado á persuadirse durante mucho tiempo de que la Revolución estaba concentrada en la agitación de París, que era una cosa artificial, una conspiración aislada de los Orleanistas ó de los Jacobinos. El viaje á Varennes pudo hacerles ver lo contrario, y el regreso más aún.

En vano trataba la reina de engañarse á sí misma, de achacar el mal resultado de la empresa á causas desconocidas. «Se ha necesitado—decía—un concurso extraordinario de circunstancias, un milagro.» El verdadero milagro fué la unanimidad de la nación. Unido en un solo arranque de justicia y de indignación, la Francia salvó á la Francia.

Recordemos las circunstancias del viaje. Esta unanimidad se manifiesta en todas partes. Por do quiera la fuerza militar es neutralizada por el pueblo. Cerca ya de Chalons, Choisseul no puede soportar la mirada de aquella multitud que le vigila y le adivina; á pesar de los bosques, á pesar de la noche, el ojo del pueblo le sigue, le ve en todas partes, de aldea en aldea oye tocar á arrebato. El oficial de Sainte-Menehou, el de Clermont, quedan anulados, paralizados por aquella vigilancia inquieta. El de Varennes huye; y el joven Bouillé, amenazado, no puede tomar el mando. El mismo Bouillé no puede salir al encuentro, no pudiendo fiarse ni de sus tropas ni de las guarniciones vecinas, viendo la campiña alzada en armas. Un hecho quizás más grave y que habíamos omitido, es que en todas partes, en sus alojamientos, los soldados se percataban de